

## CAPITULO LI.

### ERRORES DIPLOMATICOS.

Por la publicacion de los documentos diplomáticos hecha en Noviembre de 1867, que coincidió con la apertura del Cuerpo legislativo, estudiábanse las fases de la cuestion italiana. Lo más notable que de su largo exámen podia deducirse, era que esa desdichada idea del Congreso fué un recurso diplomático de Mr. Rattazzi para dar, como decimos en nuestro lenguaje vulgar, tiempo al tiempo. Cuando el gobierno francés le atosigaba para que suprimiese los alistamientos contra Roma, para que ahogara el partido de accion, el ministro italiano pedia un Congreso europeo. Sin duda, con ese tacto que del gran Maquiavelo han aprendido todos los italianos, comprendian bien Rattazzi y sus compañeros la imposibilidad de semejante solucion general, y la proponian mientras ellos arreglaban la solucion propia. El gobierno francés aceptó la idea, y yo no comprendo cómo pudo aceptarla. Despues de tantas y tantas derrotas diplomáticas en las orillas del Rhin y en el golfo de Méjico, esta idea del Congreso para arreglar la cuestion de Roma fué un aborto. Hacia pocos

años que propusiera Napoleon III una especie de Congreso de la paz, de anfitriónado europeo. Este Congreso fué eludido por todos los gobiernos. Se creia que era, hablando en estilo mitológico, la caja de Pándora. ¿Cómo, pues, se le ocurrió despues la idea de un nuevo Congreso que habia de ser definitivamente un nuevo aborto?

Las respuestas de casi todos los gobiernos fueron idénticas. El gobierno romano propuso que le devolvieran sus antiguos Estados, único medio de vivir en paz y de procurarse el necesario sustento. El gobierno italiano propuso que le dieran Roma y le dejarán asegurar la libertad del Papa en la ciudad leonina como único medio de matar la efervescencia pública, de conjurar la revolucion siempre inminente. El gobierno inglés no queria conferenciar sobre esta cuestion. Poco más ó menos le sucedia lo mismo al gobierno prusiano. Rusia aceptaba, pero con ánimo decidido de favorecer á Italia. España, como era natural, se inclinaba á favorecer en todo y por todo al Papa. Austria, como era tambien natural, se

inclinaba al lado de Francia. Por consiguiente, de todos estos diversos pareceres, lo que indudablemente iba á resultar era un nuevo aborto. Y en Roma la tranquilidad material estaba restablecida. Pero en cuanto se notaban síntomas de que los franceses iban á embarcarse, comenzaban nuevamente las proclamas revolucionarias y los trabajos de las sociedades secretas.

Los periódicos oficiales sin embargo declaraban con grande estrépito que el Congreso tenido por imposible iba á reunirse. Confieso que, á pesar de mi incredulidad, á pesar de mis dudas respecto á la reunion del Congreso, creí ya reunido. ¿Quién no se rinde á la evidencia? Mas en seguida reaparecieron de nuevo las dificultades. El Papa accedía, pero con la restriccion de que el Congreso fuera sólo deliberativo, lo cual era tanto como quitarle de antemano su autoridad. Italia accedía, pero con la condicion de que habian de acceder las demás grandes potencias de Europa. Francia lo propuso, pero en términos tan vagos que no decía si su carácter habria de ser dispositivo ó meramente deliberativo como queria el Papa. Podria creerse que el gabinete de Viena era el más dispuesto á secundar las miras de Francia. Pero el gabinete de Viena tenia un periódico oficial, y este periódico oficial decía lo que á la letra copio: «En la cuestion romana no tenemos que reprocharnos ningun equívoco. Nos es indiferente que el Papa conserve ó no intacto su poder temporal; podemos acudir en auxilio de Francia para sacarla de los embarazos que para ella resultan de la convencion de Setiembre; pero no tenemos necesidad de entusiasrnos por el poder temporal del Papa; daremos consejos amistosos á unos y otros; seremos conciliadores; pero si por unos ó por otros se desatien len nuestros consejos, nos alzaremos de hombros.» Viene en seguida el *Diario de San Petersburgo*: «La adhesion de las naciones al Congreso no es todavía oficial, dice á la letra. Se necesitan conferencias previas.

»La reunion no se verificará sino cuando las potencias sepan que sus trabajos no han de ser completamente estériles. Es muy difícil que las potencias europeas quieran reunirse por el placer de empeñarse en largos debates, y de registrar voluminosos protocolos y decir opiniones que, si bien desprovistas de sancion efectiva, comprometerian más ó ménos á las naciones que las sostuvieran.» Todo el mundo sabe que el *Siecle* de París era casi un periódico oficial del gobierno italiano. Llamándose demócrata no tuvo inconveniente en defender siempre al rey Víctor Manuel y atacar siempre al demócrata Mazzini. Pues bien, el *Siecle* decía, respecto á Italia, lo que á la letra copio: «Es positivo que hasta hoy (30 de Noviembre) Italia no se ha adherido formalmente á la conferencia. Todo el mundo comprenderá que antes de decidirse definitivamente el ministerio italiano desea asegurarse del apoyo que la política italiana encontrará en el futuro Congreso. Los ministros y encargados de negocios han recibido la orden de conocer previamente la opinion de los diversos gobiernos de Europa.» Además, el gobierno italiano exigía la evacuacion por las tropas francesas de todo el territorio romano, y el gobierno francés insistía en quedarse, al ménos con la guarnicion de Civita-Vechia. El día 27 de Noviembre, ni Bélgica ni Holanda habian manifestado su aceptacion del Congreso. Desde el principio, aunque por razones diversas, se habian negado á él Suiza y Portugal. A su vez Italia y Prusia apoyaban fuertemente la solucion italiana. El Hesse electoral y España solamente se habian adherido sin condiciones. Y el Hesse electoral recibió del gran canciller de la Confederacion del Norte, de Bismark, fuertes reconvenciones. El poderoso ministro prusiano aprovecha todas cuantas facilidades pueden ofrecerle los infinitos embarazos de Francia para ir perfeccionando, redondeando la grande obra de la unidad alemana. El poder temporal del Papa no podia

sostenerse por sí mismo. En el momento que Francia lo abandona se viene á tierra. No puede resistir á un corrosivo interior, á un principio letal que lleva en su seno el absolutismo teocrático. No puede contrastar un principio de atraccion que hay fuera de él y que lo llama con fuerza, como los cuerpos grandes á los cuerpos pequeños en las esferas celestes; no puede resistir al principio de atraccion, á la virtud de atraccion que ejerce sobre todos sus súbditos el gobierno italiano, el espectáculo de la unidad de Italia. Es cosa averiguada que, cuando llegaron las tropas francesas, Roma iba ya á caer á los piés de Garibaldi. Es cosa averiguada que tres ó cuatro días despues de su victoria de Monte-Rolindo la unidad italiana hubiera surgido resplandeciente en el Capitolio. ¿Iba Francia á pedir una ocupacion eterna? ¿Y en nombre de qué la pediría? ¿En nombre de los principios religiosos? Se han acabado las guerras de religion. Además, de tales principios no entenderian una palabra ni Inglaterra, ni Prusia, ni Grecia, ni Turquía, ni Holanda, ni Rusia. ¿Iba á pedir una intervencion para combatir los elementos revolucionarios que hay en Roma? Entonces retrocedíamos á la Santa Alianza, retrocedíamos á los principios en cuyo nombre los aliados vinieron á Francia el año 1815 y expulsaron á sus habitantes. ¿Iba á pedir que todas las naciones garantizaran al Papa su poder temporal? Eso no podia ser sin que al ménos le pidieran que modificara su poder absoluto. Y el Papa no modificará nunca su poder absoluto. La cuestion del Congreso se resumía en estos dos aforismos: 1.º Era difícil que el Congreso se reuniera. 2.º Era imposible que, reunido el Congreso, diera ningun resultado. El problema de Roma sólo podia resolverse por la libertad.

Pero en el Senado francés no querian tal solucion. Cámara aristocrática en medio de esta democracia; cámara envejecida cuando en torno de ella toda se renueva; cámara

proviniente de la voluntad del soberano, y compuesta de reputaciones seniles que en su mayor parte han seguido todas las banderas y han pactado con todos los gobiernos; allí no habia respiradero alguno por donde pudiera penetrar el espíritu de nuestro siglo. Si se encontraba allí algun libre pensador, como St. Beuve, sólo se atrevía á tomar la palabra cuando se hallaba en litigio su persona ó la persona de sus amigos, con tal que estos no sean de los desterrados, como Víctor Hugo. Cuando se trataba de un enemigo tan formidable como el absolutismo romano, pero tan amigo del Imperio, se calla y cobra en su alma y en su conciencia los doce mil duros de la soldada vitalicia.

No sucede lo mismo con los obispos y los cardenales. Comienzan por creer que sus palabras son divinas inspiraciones del Espíritu Santo, bañadas en la luz increada; siguen por reconocer que su autoridad proviene de la superior autoridad del Papa; y acaban por declarar el poder temporal una condicion precisa para la guarda del dogma, y un áncora indispensable para la salvacion del mundo. Sin embargo, el Espíritu Santo ha inspirado algo diversamente á sus oráculos en el Senado francés. Mientras el arzobispo de Burdeos y el cardenal Bonnehose quisieron que Italia fuera inmolada en aras del Pontificado, como la antigua Ifigenia griega, el arzobispo de París quiso que Italia conservara su unidad política, aunque renunciando á Roma; y Roma su poder teocrático, aunque renunciando á sus antiguas provincias. La anexion de las Marcas, de la Umbria, y de las provincias románicas en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de Burdeos será siempre un robo; pero en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de París, será siempre un hecho que ha creado intereses, los cuales ya se han elevado á derechos. De suerte que cada cardenal le tira de un ala al Espíritu Santo. Tal vez en las opiniones del arzobispo de París, influ-